

porque honrándonos con sus injurias, nos hace dichosos, viéndonos objeto de sus ultrajes.

El escritor revolucionario se propone combatir á dos enemigos; el Austria y la Compañía de Jesús. Estos son los Pitt y los Coburgos, que deben alimentar su necesidad de divagaciones; los deja aquí, los toma allá, y siempre los presenta como crimen de conspiracion contra el progreso. Invita á la Italia y al mundo entero á realizar una cruzada para aniquilar estos poderes ocultos. Sin el valor y constancia de Pedro el Ermitaño, finje ignorar que para remover las masas no basta hacerlas oír el ruido de las cadenas, cuyo peso no sienten. El Austria y los principes se defenderán como puedan; ese es su interes. La Compañía de Jesús contestará con sus apologistas, y proseguirá su noble mision sin dignarse honrar al *Jesuitofobo* con una mirada ó un opúsculo. Esto no es de mi inspeccion. No tengo que vengar ni al príncipe de Meternich ni al conde de Solar de la Margarita, ni á los padres del instituto, ni las tendencias que se les imputan. El autor del *Gesuita moderno* ataca al autor de la *Historia de la Compañía de Jesús*. Es una provocacion de escritor á escritor; acepto el duelo con todas sus condiciones, con la reserva solamente de no servirme sino de armas permitidas. En no imitando al abate Gioberti, estoy seguro de la victoria.

Pero ¿qué acontecimiento, qué circunstancia es la que ha podido arrastrar al refugiado piamontés á publicar semejante obra? ¿Cuál la ocasion, cuál el objeto que ha impulsado á este buen abate, cuyo nombre ni aun siquiera es conocido, sino de los ateos del canton de Vaud y de los monges apóstatas, almacenistas de malos libros en el mercado de Lauzana, para dirigir sus tiros al mundo religioso y literario? Muchas veces me ha sido hecha esa pregunta: en pocas palabras voy á contestarla.

El abate Gioberti, así en Turin como en Bélgica, libre ó desterrado, siempre ha sido patrocinado por los Jesuitas. Los Jesuitas favorecieron sus primeros ensayos en el mundo, alentaron sus estudios y partieron con él el pan de la emulacion. Siempre se han encontrado en su camino para guiarle en el sendero estrecho de su vida pobre, para sostenerle con su influencia y con su amistad. Mientras que el abate Gioberti no se vendió en cuerpo y alma al Moloch de una falsa popularidad, mostró su gratitud hácia los hijos de Loyola; mas llegó un dia en que otros refugiados italianos, especulando con la inestabilidad de carácter de su compatriota, le hicieron entender que su reconocimiento para con los Jesuitas engendraba sospechas en algunos; y desde este instante el abate Gioberti pensó en romper con los primeros, con sus únicos bienhechores. Se hizo ingrato por cálculo, por sistema, é ingrato hasta el punto que lo fué Júdas. Su

*Primato*, obra que debia transformar á los italianos en otros tantos Escipiones y que ensalzaba su preeminencia moral y civil sobre los demas pueblos, su *Primato* tenia por segunda mira ganar los Jesuitas á la causa política de M. Gioberti.

En 1829, el abate de la Mennais concibió un pensamiento casi idéntico. Quiso hacer de los padres de la Compañía un arma religiosa que hubiera allanado el camino á una democracia, cuyo lejano rugido ya percibia el gran publicista frances. Los Jesuitas rehusaron aceptar una alianza que les hubiera hecho populares en todas las revoluciones. Gustan mas de vivir fuera de ellas y de todos los intereses de partido; no adoptan ni las esperanzas de los unos, ni las decepciones de los otros, y no salen una línea del círculo de los deberes que les trazan las constituciones de su Orden. El abate de la Mennais no osó comprender esta reserva sacerdotal. Precipitado de lo alto de su genio, despues de lanzarse en la arena, nadie ignora lo profundo de su caída, que separó de la Santa Iglesia su madre al hijo cuyas virtudes y escritos la habian glorificado, al Tertuliano moderno, que olvidado del mundo, aun escita en el corazon de muchos Jesuitas una dulce y santa compasion que expresada en sus oraciones al Eterno, quizá un dia le harán triunfar de las tinieblas exteriores que por do quiera le rodean. El genio de la Mennais se estrelló contra el buen sentido práctico de los padres: ¿qué influencia podian tener en una utopia de preeminencia itálica, los entusiasmos profanos del abate Gioberti, y la sustitucion al padre comun de los fieles de un pontificado moderno y civil exclusivo en provecho de los revolucionarios? Los Jesuitas italianos no quisieron hacer del papa una especie de patriarca galicano al servicio de algunos ilusos embriagados con el ardor patriótico. Así como la Sede Romana, permanecieron firmes en la realidad de las cosas, y esto es lo que les atrajo este sarcasmo del abate Gioberti: "Vosotros ya no sois mas que una podrida antigualla de la edad media (1)." Pensó hacerlos suyos; los Jesuitas se resistieron. En su *Primato*, donde los acaricia, forja unos *prolegómenos* que tienen un mérito incontestable al lado del *Gesuita moderno*, y consiste en ser mas cortos. En 1845 fué cuando tuvo lugar este imponente armamento; y pasó desapercibido aun en una época en que los Jesuitas eran objeto de todos los encarnizamientos, de todas las enemistades parlamentarias y de todos los rencores universitarios. Dos Jesuitas, los padres Pellico y Curci, respondieron á este ataque. Con angélica dulzura el uno, con verbosidad irónica y razonada el otro, ámbos debieron herir profundamente la irritable vanidad de M. Gioberti, quien, en los cinco abultados volúmenes que cayeron so-

(1) Tom. 2, p. 317.

bre la cabeza del público como un aerolito, no ha hecho mas que exhalar sus amargas quejas contra los ilustrados escritores de la Italia, que le demostraron la injusticia de sus *prolegómenos*, bajo el punto de vista religioso, político é histórico.

El *Gesuita moderno* es una aberracion del entendimiento, de que solo es capaz un mal sacerdote. Es la confusion mas estraña de los hechos, de las personas, de los principios, de los deberes y de los crímenes. M. Gioberti no razona; se ostenta filósofo, y se cree obligado á despreciar la lógica, y de hecho la desprecia, así como la verdad. Aglomera un Ossa de declamaciones sobre un Pelion de mentiras. Se parece á Voltaire en sus injurias y al padre Duchesme en el estilo. Mezcla lo sagrado con lo profano, y pretende ser católico, pero católico italiano como el abate Chatel se proclamaba católico frances. Sin definir lo que puede ser un católico, parcial por decirlo así, y cuya fe se encuentra sometida á una alineacion geográfica, camina al traves de los siglos y de los acontecimientos, embadurnando á su placer las fisonomías y caracteres con el lodo antijesuítico. En medio de estos escándalos de la inteligencia, el abate Gioberti se ve acometido de un súbito acceso de moderacion. Caen entónces de sus labios palabras dulces como la miel; reprende los arrebatos de sus cómplices, y quiere poner un freno á su celo, indigno de la santa causa que defienden; pues para este eclesiástico, aborrecer y calumniar á los religiosos, es sostener la causa del progreso y de la humanidad. Recomienda á los suyos que no se valgan contra los Jesuitas de los argumentos sanguinarios del protestantismo; quiere que renuncien al dardo envenenado con la virtud austera de los jansenistas, y con el mortífero sarcasmo de los filósofos del siglo XVIII. Las armas de los heterodoxos, de los extrangeros y de sus tatarabuuelos, no son las suyas. El abate Gioberti es católico, pero italiano; desea ser libre, y bajo este título proscribete á la vez como los luteranos, como los jansenistas, y como jamas han proscribete los filósofos. Pio VII, Leon XII, Pio VIII, Gregorio XVI, y el papa actualmente reinante, fueron ó son tan buenos italianos como el abate Gioberti; y les creo mejores católicos que él. Y sin embargo, en lugar de acumular volúmenes sobre volúmenes contra el instituto de San Ignacio, han cubierto á sus discípulos con la mas activa y mas eficaz de todas las protecciones. ¿Y por qué? Dios mio! ¿A qué proponer tan sencilla cuestion á un escritor que encuentra á Voltaire un poco exagerado en sus justos presentimientos, y que no hace mas que imitarlo, dejando aparte el genio y estilo de aquel escritor!

El sacerdote piemontés que resguardó su casa con los muros de una ciudad donde Dios está fuera de la ley, y donde todo el que tiene domésticos se expone á ser apedreado, este sacerdote,

por ese solo hecho, descubrió lo que podía ser. Allí estuvo muy solícito constituyéndose limosnero de los cuerpos francos, de los que M. Thiers se improvisó el *Thersités* parlamentario. El abate Gioberti pudo detenerse aquí; pero quiso además prestar su contingente á todos los escándalos que oprimen á la sociedad europea. El católico italiano vomitó su última obra, y no ha faltado otro católico frances que la patrocine.

Este libro, ridículo atentado contra el buen sentido, cayó en manos de M. Lenormant, quien con su gancho de traperó literario, ha recogido uno á uno los ultrajes contra mí dirigidos por el abate Gioberti, y los ha arrojado en la expuerta del *Correspondant*. Allí están bien. Al público nada le importa una polémica, en la que la individualidad se sustituye al pensamiento del escritor. Déjemos, pues, todas estas miserias de una vanidad herida ó de una cólera demente, y con algunos ejemplos sacados del *Gesuita moderno*, pondremos en claro la moderacion, la justicia y la caridad, que el abate Gioberti recomienda con tanta uncion á sus adeptos los italianos católicos.

El primer volumen del *Gesuita moderno* le absorve todo un corto *discurso preliminar* de DXVIII páginas, que son las que componen todo el tomo, ni mas ni ménos.

Aquí M. Gioberti da rienda suelta á sus amistades que ofenden y á sus injurias que honran. Debíó ceñirse en su escrito á descubrir uno por uno todos los errores que un historiador, por concienzudo que sea, hubiera podido cometer en un trabajo largo, seguir paso á paso el testo y la exposicion de las doctrinas, combatir el uno con hechos mas ciertos, si le era posible, y refutar la otra, demostrando que la obra estaba llena de proposiciones envenenadas. Un sacerdote, aun siendo enemigo de los Jesuitas, que hubiera emprendido esa tarea, podia, bajo ese punto de vista, hacer un servicio á la Iglesia y á la justicia. Una discusion profunda hubiera arrojado mas luz en la cuestion, y la verdad histórica no hubiera podido ménos de ganar en este trabajo ejecutado lealmente. Pero en vez de entrar por esta senda hacia la que su carácter sacerdotal debia inclinarle, y la que le obligaba á seguir su mal comportamiento con la Compañía de Jesus, ¿qué es lo que se ha propuesto el abate Gioberti al constituirse mi censor? En este *discurso preliminar*, que modestamente se reduce á las proposiciones de un libro lleno de palabras, el sacerdote no encuentra otra cosa mejor, que emplear su polémica contra los padres Pellico y Curci, dos fuertes atletas, que ya le han acibarado su existencia. En seguida y de improviso, se apodera del historiador de los Jesuitas.

Aquí la posicion cambia con la rapidez de una decoracion de ópera. Hasta ese momento siempre ha pintado á los reverendos

padres como á hombres que inspiran, que dominan sobre cuanto les rodea. Ellos dirigen á los papas; tienen bajo su tutela á los reyes; hacen y deshacen á su placer ministros, y los constituyen humildes ejecutores de las voluntades de la Compañía; imponen á todos sus adherentes las leyes que les acomoda dictar; todo el mundo les obedece, y ellos no obedecen sino por la mayor gloria de Dios. Pero respecto á mí, el abate Gioberti se expresa de otra manera. Todo cuanto Felipe II, Sixto V, Enrique IV, el cardenal de Richelieu, Luis XIV, Inocencio XI y Sobieski, no pudieron conseguir en todo el lleno y aureola de su poder y voluntad absoluta, los Jesuitas me lo han concedido. Soy su dueño para con ellos y contra todos. "A mí es, dice este honrado abate Gioberti, traducido por M. Lenormant, á mí es á quien recurren en todo y por todo, sin cuidarse de buscar otros testigos y otras pruebas. A sus ojos M. Crétineau-Joly es un juez, no solamente inapelable, sino aun mas infalible que el papa mismo; de donde se sigue que debe darse crédito á su palabra, cuando afirma que los soberanos pontífices han cometido algun yerro de gran marca."

Héme aquí convertido de repente en doctor de la Iglesia, y quizá mas aun. En el pensamiento de esos seis mil hijos de San Ignacio, que se creen felices sacrificando su vida en todos los continentes y en todos los mares; que se hacen mártires de la caridad ó de la ciencia por conquistar una sola alma á la unidad católica; en la inteligencia de esos profundos teólogos, granaderos de la Iglesia romana, que han luchado, luchan y lucharán aun sobre mil campos de batalla, con el fin de establecer el principio de la autoridad pontifical, mi persona es una especie de taumaturgo, y cualquiera de mis palabras escritas es una profecía ó un axioma. Pero tranquilícese el lector: M. Gioberti es demasiado buen italiano para no aproximar muy de cerca la roca Tarpeya al Capitolio que me eleva. Los Jesuitas no juran sino en mi nombre; en el fondo de mi discurso preliminar yo soy su *alpha* y su *omega*; pero una simple nota del abate trastorna completamente mi pedestal. Con frases sobre frases, ha dicho lo que soy para esos religiosos, que respetan mas mi infabilidad que la del papa. Pues hé aquí lo que yo soy para él, y ésta es la nota que oculta el veneno, y que dice así (1): Pocas obras modernas habrá tan injuriosas á Roma y á la Santa Sede como la historia de M. Crétineau-Joly, fiel aun en esto al genio moderno de la Orden."

Con el fin de dar á luz su pensamiento, el abate Gioberti no ha inventado mas que un medio. Era preciso demostrar mi rebelion histórica contra Roma y la Santa Sede; rebelion, que el papa Gre-

(1) *Gesuita moderno*, tom. 1, p. 269.

gorio XVI se dignó ensalzar con el mas patente de los favores pontificales. Este medio le ha sacado el autor del *Gesuita moderno* del juicio formado sobre M. Rossi. Desde el 1540, los Jesuitas existen, combaten, mueren ó triunfan por la verdad católica. Siempre cubriendo la brecha de la Iglesia, defendieron la Santa Sede por todos los ángulos del mundo. Fueron á la vez los rolandos del cristianismo, y los cu Guesclin del Papado. En todas las luchas se les ha visto recibir de frente el fuego, desafiar los peligros, y dar la cara al enemigo. Ya he referido esa Odyssea de mártires, de confesores, de apóstoles, de teólogos, de apologistas, de predicadores y maestros de la enseñanza. El abate Gioberti, palabra por palabra, se ha hecho explicar todas estas relaciones que la multiplicidad de los sacrificios me ha obligado á pintar con colores tan diversos. A todo esto, el sacerdote piemontés nada tiene que objetar. Pero un italiano me ha salido al encuentro al terminar la obra. Este italiano se habia transformado; sabe Dios cómo y por qué! en embajador de Francia en Roma, donde solicitaba con eficacia la proscripcion de algunos franceses, quienes por medio de un tributo, contribuían á pagarle la mas pingüe de las prebendas. He referido las malandanzas diplomáticas de M. Rossi, hecho conde por la gracia de la revolucion de Julio. Semejante atentado es el que con tanta amargura é irascible frase vitupera el abate.

Segun él, M. Pellegrino Rossi es un peregrino que (1) "honra á la vez á la Francia y á la Italia." Si la Italia se da por honrada con M. Rossi, nada tengo que decir; pero en cuanto á la Francia ya es otra cosa. Esto no impide que yo sea juzgado y sentenciado en el tribunal de M. Gioberti como reo del crimen de lesa-magestad Rossi. Mis seis volúmenes de la *Historia de la Compañía de Jesus* son anatematizados, sin mas que por haber manifestado con documentos en la mano, el papel que representó ese *monsieur* en el melodrama diplomático y parlamentario de 1845. Este es el único cargo articulado que me dirige el abate Gioberti; pero de qué modo lo hace, y cuánto le hiere mi irreverencia para con el señor conde! El escritor refugiado de Lausana, de paso, no deja de conceder algunas palabras de consuelo á los *quattro rispettabilissimi preti francesci* que se hicieron los caudatarios del negociador contra la libertad de la Iglesia; y guarda para con los señores D'Isoard, de Bonnechose, de Falloux y Lacroix un privilegio de reserva y de moderacion. Nótase á la legua que sin conocerlos, se halla dispuesto á dispensarles su estimacion, castigo el mas terrible que han podido sufrir; castigo que en nuestras conferencias en Roma, cuando M. de Bonnechose explicaba sus planes con la mayor franqueza, cuando M. de Falloux andaba á vueltas con la verdad, y

(1) *Discorso preliminare*, p. CCLXXV.

se presentaba un Waterloo sin haber tenido un Austerlitz; castigo, repito, que jamás pensé soñar pudiera llegar á los culpables. Tan terrible expiación se les debe tener en cuenta, y soy demasiado compasivo y de tierno corazón para dejar de tenerla presente.

Estos respetables sacerdotes franceses aquí y en todas partes, no son más que las comparsas del Pellegrino y del abate Gioberti. M. Rossi, que es omnipotente, es el que dirige las maniobras y quien distribuye las gracias: tiene, pues, derecho á todos los merecimientos, y se ha hecho digno de todas las simpatías del autor del *Gesuita moderno*. Para esto hay una sencilla razón, y es, que M. Rossi ha sido condenado como católico renegado por el P. Mauro Capellari, quien bajo el hábito blanco de Camandulense, ya saboreaba la infabilidad del papa Gregorio XVI.

Este fallo de católico renegado, aplicado á M. Rossi, entonces genovés, ataca los nervios del católico italiano M. Gioberti; y por este Plinio de un nuevo Trajano *in partibus*, se me apremia á que muestre en qué libro, en qué página y en qué rincón de biblioteca he hallado esta sentencia contra la cual se alzan la Francia y la Italia, por la mediación de M. de Gioberti.

En verdad, os digo, que para mí ha llegado el día de los apremios; de una parte MM. Lenormant y Moeller, y el abate Gioberti de otra, me tienen estrechado. Apenas acabo de contestar á los primeros quizá de la manera más concluyente, cuando me asesta el segundo sin dejarme respirar. Quiere que, so pena de su bendición, venga á su Rossi de la injuria que le lanzó el futuro Gregorio XVI. Pues bien, una vez que os empeñáis, sea así, digno M. Gioberti. ¿Queréis saber, pues, que estáis llenos de una curiosidad parecida á la de M. Lenormant, donde he sacado lo de *un cierto abogado llamado Rossi, católico renegado*? M. Rossi podría contestar lo mismo que yo; pues él, lo mismo que yo, lo ha oído de boca misma del difunto papa. Pero esto aun dejaría en la inocencia de vuestra alma una duda, una incertidumbre que me acongojaría; y ya que con tan buena voluntad me he prestado á salir al encuentro de críticos más quisquillosos todavía que el mismo M. Lenormant, no veo por qué en este caso no he de dejar de hacer lo mismo para vuestra edificación personal. Pues, señor, no es en un libro ni en alguna disertación impresa donde he encontrado ese hallazgo. El papa Gregorio XVI me había dado indicaciones tan exactas, que á pocas vueltas dí con su manuscrito, guardado en la biblioteca de la propaganda en Roma. En él he leído, con todas sus letras, lo que todos pueden igualmente leer, lo que el anciano pontífice leyó por sí mismo á M. el embajador francés, cuando es-

te quiso manifestarle la que él creía falsedad de mi cita, exacta y textual hasta en la ortografía.

¿Se quiere más claro? ¿Hace falta más para contentar al abate Gioberti? Ya podrá concederme el derecho de decir históricamente que á los ojos de Mauro Capellari, el futuro conde de Rossi era un católico renegado. El fallo del pontífice parecerá tanto más duro á los oídos del sacerdote, cuanto que en el renegado reconocía sus eminentes virtudes, pues dice (1): “Su vida fué digna de un hombre honrado, íntegro y de un buen italiano.” En seguida añade: “Rossi jamás profesó otro culto que el católico, y cuando habitaba en país protestante, siempre habló de ese culto con el mayor respeto.”

Ya que el abate Gioberti lo afirma, por esta vez, creémosle bajo su palabra, y admitamos que M. Rossi, en su cátedra de Ginebra, hablase con el mayor respeto de la Religión católica. ¿Sabeis, acaso, á dónde nos llevará esta concesión? A decir y probar que sí, en un país calvinista, M. Rossi tuvo consideraciones con la fé católica, en París se ha echado otra cuenta, y ha obrado de diferente modo. Aquí es al mismo M. Lenormant á quien llamaremos en nuestro socorro; á M. Lenormant, á quien en caso de necesidad, M. el duque de Valmy pudiera refrescar la memoria. Hé aquí lo que refiere el profesor de la Sorbona, y lo que autoriza á repetir como rigurosamente exacto.

“Hace tres años, así se explica el ex-suplente de M. Guizot, que almorcé con M. Rossi en casa de un amigo de los dos. Concluido el almuerzo, me encontraba sentado en un sofá colocado en medio del salón, junto á M. Rossi y quejándome de la poca tolerancia que se concedía á la enseñanza de las doctrinas cristianas, y esponiendo al mismo tiempo los agravios de la Iglesia contra el filosofismo, M. Rossi se levantó de su puesto, y con el tono magestuoso y doctoral que le es tan familiar, nos dijo: ¡QUE DIABLOS, VAYA UN EMPENO EN RESUCITAR COSAS QUE ESTAN MUERTAS, BIEN MUERTAS, Y COMPLETÍSIMAMENTE MUERTAS!”

M. Dubois (de la Gloria-Inferior) diputado y universitario bajo todos aspectos, *concorre á los funerales de un gran culto*; M. Cousin *se quita el sombrero á la religión católica, porque puede serle provechosa todavía por espacio de trescientos años*; pero ¿qué sirven todas estas bravatas de impiedad al lado del triple certificado de muerte que espide al catolicismo M. Rossi, el católico por excelencia del abate Gioberti? Si la moderación y la reserva de los muy respetables MM. D' Isoard, de Bonnechose, de Falloux y Lacroix, son por este estilo, les compadezco con toda mi alma, como compadezco á M. Rossi, maltratado por cuenta de su panegirista. El abate Gioberti

(1) *Discorso preliminare*, p. CCLXVIII.

sale fiador de la fé de Pellegrino, y M. Lenormant autoriza á que se repitan como rigurosamente exactas las palabras que escandalizarán á cuantos abriguen sentimientos religiosos. Dejemos por un momento al abate Gioberti ante un interés mil veces mas sagrado que el honor de un escritor. La fé, la unidad, la Sede Apostólica y la perpetuidad que la otorgó el mismo Jesucristo, todo lo que ha salvado, cuanto ha ennoblecido y civilizado al mundo, belo aquí todo reducido al estado de cosas muertas, bien muertas, completamente muertas! ¿Y por quién se ha pronunciado esa sentencia? Por un italiano, especie de cosmopolita, quien de tropiezo en tropiezo, y de miseria en miseria, cayó un día sobre la Francia, y en un momento de ceguedad fué designado para representar en Roma al príncipe que desea llamarse hijo primogénito de la Iglesia, y rey cristianísimo de los franceses!

¡Oh! ¿Qué bien inspirado estuvo el anciano papa Gregorio, cuando impuso al nombre de un cierto abogado Rossi, el triste dictado de católico renegado! ¿De qué manera las inesperadas revelaciones de M. Lenormant aclaran muchas cosas que no están muertas ni bien muertas, ni completamente muertas! ¿Cuánto debe pesar en las manos de M. Rossi el devocionario, cuyas hojas pasa con tan piadosa compuncion, y de rodillas, en la tribuna reservada á los de su clase en la Basílica de San Pedro! y en esa actitud, ¿cuánto debe sufrir el profesor diplomático al verse por su posicion obligado á adorar en público lo mismo que desea enterrar en secreto!

En vista de lo espuesto, ¿nos atreveremos á manifestar hasta el fondo mismo de nuestro pensamiento? M. Rossi ha pronunciado esas palabras, y M. Lenormant no se las desmentirá. Esas palabras son el evangelio de M. Rossi, evangelio fatal, que M. Guizot, aun protestante como es, jamás se ha creído con mision de predicar! Deplorable leccion que el rey Luis Felipe siendo un príncipe previsor, se guardará muy bien de autorizar! ¿Pero estas palabras no esplican perfectamente la larga série de intrigas de que la Santa Sede se ha visto envuelta como en una red? ¿No son un nuevo aviso para cuántos siguen á M. Rossi en la pista de sus maquinaciones? ¿No han sido ellas las que han guiado la pluma del abate Gioberti en los elogios que prodiga á ese hombre? Porque, no olvidemos esta advertencia; el abate Gioberti que es sacerdote lo ménos posible, pero que es católico italiano, no tiene dulce sonrisa sino para los enemigos de la Iglesia. Estos son sus predilectos, los Benjamin de sus entrañas, y los amigos á quienes saluda con terneza. Todos se alimentan con el mismo odio al nombre de Jesuita, y con igual amor á todos los confunde el piemontés.

M. Rossi es el primer ejemplo que cito de esta singular adhesion. Ademas de éste encontraremos otros muchos; pero se comprenderá fácilmente el por qué el abate Gioberti se encuentra tan felizmente

apegado con su italiano el embajador de Francia. La Francia es el pais mas cordialmente detestado por aquel sacerdote; la Francia es la que le ha causado la mayor parte de los males que sufre; la Francia la que le quita la máscara para con las demás naciones; la Francia que para él es demasiado católica, y que nada comprende del movimiento y renovacion de ideas, y que aparenta tener tan gran necesidad de los Rossi, los Libri y los Gioberti, para dirigir los ímpetus de su fogosa imaginacion y hacer alguna cosa pasadera y que merezca la pena de leerse. Estos *condottieri* de Italia, en buen hora nos perdonan nuestra influencia sobre la civilizacion, nuestras glorias y todas nuestras obras, á trueque y condicion de que las sometamos todas al visto bueno de algunos afanosos cosmopolitas. Estamos condenados, bajo pena de ser arrojados de la senda del progreso, á entregar la direccion de nuestros negocios y poner á su frente á todos los fugados de Italia. Acá abajo hay mucho de Jesuitas, y por todas partes anda el Jesuita, sin contar con las cosas que están bien muertas y completamente muertas. El autor del *Gesuita moderno* da á M. Rossi un privilegio de catolicismo. Esta cédula le era precisa para presentarse en Italia; pero aun no era lo bastante. M. Rossi tan católico como Gioberti, se transfigura de repente, y por efecto de la sola mirada del abate, en un excelente patriota; y he aquí cómo:

“M. Rossi se expatrió, así habla M. Gioberti, con las lágrimas en su pluma (1), se expatrió, cambiando sus derechos de ciudadano por los de extranjero. Esto solo prueba su amor para con la Italia, pues se hallaba dispuesto á abandonarla solo por el odio al nombre austriaco. Ciertamente que nuestro sentimiento debe ser muy grande al ver cómo los mas ilustres hijos de la patria comun se ven obligados á llevar á otras naciones, con perjuicio de la suya propia, los pingües y sabrosos frutos de su genio y su nombre, y debemos desear que nuestros gobiernos pongan fin á tamaña ignominia, que pesa principalmente sobre ellos. Pero como no hay mal que por bien no venga, como dice el adagio, la expatriacion de esas ilustres notabilidades lleva en sí la ventaja de que así se esparzan y se difundan los gérmenes de la sabiduría italiana por todos los pueblos y lugares, y recuerden á los demas paises una verdad, que éstos tienen cierta propension á olvidar, á saber: que tanto en la vida activa como en la especulativa fuimos nosotros los señores del mundo, y que aun no hemos perdido completamente los títulos y derechos de esta insigne prerogativa. Ninguna persona ha tomado con mas empeño el recordar esta idea que M. Pellegrino Rossi.”

Pasemos si os place, por esta fanfarronada, hija de la vanidad italiana. Dejemos al abate Gioberti acomodar á su peregrino como

(1) *Discorso preliminare*, pág. CCLXXIX.